

El precio de la misericordia

Daniel Prior Gijón

.Parte I

Capítulo 1

2033. Ángel no daba crédito. Curas y vacunas para casi todos los cánceres, y sin embargo ahí estaba, sosteniendo la mano de su esposa Eva, él sentado en una silla mientras ella descansaba sobre la cama. Tenían 70 años, puesto que eran de la misma quinta.

Estaban en su casa de Cullera, donde habían ido a pasar la jubilación. Pero todo se enturbió cuando los médicos le diagnosticaron mal de Alzheimer a Eva.

Tenía que ser eso, no paraba de martirizarse Ángel, de las pocas cosas que no tenían

cura.

Pero en esa tarde de finales de primavera también estaba lejos de darse por vencido.

Volvió a intentar que Eva recordara:

—Fue el día que nos conocimos. Estábamos en segundo de carrera, porque a ti te fue mal en la Complutense y te viniste a la Autónoma, ¿Te acuerdas?

Ella sonreía:

—¿Quién eres?

—No, Eva, por favor, otra vez esto no.

—¿Otra vez qué? Te pareces a mi Ángel.

—¿Qué me dices de la primera vez que salimos de fiesta? ¿Recuerdas cómo se llamaba la discoteca?

Ella cerró los ojos y guardó silencio.

Ángel estuvo a punto de insistir, pero incluso a pesar de su dolor entendía que lo que iba a pasar era inevitable.

La veló hasta entrada la noche y llamó a los servicios médicos para que confirmasen el fallecimiento y trasladasen el cuerpo.

Pero Ángel no supo compensar el duelo. Habían estado juntos casi cincuenta años, habían sido una pareja, un matrimonio, uno. El no haber tenido hijos hacía la pérdida más severa.

Capítulo 2

Ángel salió de noche de su casa. Entró en un bar cercano y se bebió ocho tercios de cerveza rápidamente, sin querer hablar con nadie, ni siquiera con los habituales o sus amigos, que ahora eran los únicos clientes por no ser temporada alta.

.Paco, el camarero, pasado ese punto se negó a servirle más, advirtiéndole que estaba muy borracho. Ángel pagó enfadado y se fue a un bar en el que el servicio tenía menos miramientos.

Cuando llegó allí, encontró a un hombre muy vistoso al fondo de la barra. Era muy alto, de casi dos metros, y corpulento, de espalda ancha. Vestía un traje gris oscuro con camisa blanca y corbata negra. Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás ligeramente hacia un lado.

Era blanco, aunque no pálido y tenía leves ojeras.

Lo más llamativo de todo es que tenía el iris de color amarillo canario. Se presenta como Daniel:

—He dejado de lado a mi jefe para montármelo como autónomo... No había quien le entendiera. —Jugaba con una copa de whiskey que estaba apurando.

»Las pérdidas siempre son duras, lo sé, ¿Pero y si te dijera que no es tarde para evitarla? Claro que te saldría muy, muy caro.

—¿Cómo lo sabes? No lo he contado aún.

—Sé muchas cosas. Y bien, ¿Te atreves?

—Sí.

El camarero entonces sirvió sendas copas de whiskey a Daniel y a Ángel. Ángel no sabía cómo las había pedido Daniel, no dijo nada ni le vio hacer ningún gesto.

Daniel ofreció brindar. Y en el momento de chocar los vidrios el contenido de la copa de Ángel se volvió negruzco y el de la de Daniel, transparente.

—De un trago —ordenó Daniel con autoridad.

Y Ángel obedeció.

.Parte II

Capítulo 3

Ángel no daba crédito. Estaba en el piso de estudiante de Eva, en el número 13 de la calle de la Libertad, en el centro de Madrid. Si recordaba bien era 1983, cuando estaban terminando la carrera.

Era el siguiente recuerdo que le iba a contar a ella. Cuando se enamoraron, ni más ni menos. Fue durante un viaje de LSD. Era la primera vez que lo probaron, Eva lo había conseguido y quiso que lo probaran juntos.

Cuando se quiso dar cuenta, exactamente igual que la primera vez, Eva estaba de espaldas a él, con el torso desnudo y la cabeza agachada, en un gesto de confianza.

Ángel le volvió a dibujar un corazón en la espalda. Y se empezó a desvestir él también. Estuvieron besándose un buen rato, aún colocados, y él se desnudó del todo.

Tumbado sobre la cama de su cuarto, ella le estaba haciendo una felación. Todo estaba pasando exactamente igual que la primera vez. El condón estaba en el mismo sitio, las posturas, el tiempo, los gemidos de Eva y los suyos, todo, era como lo recordaba.

Sabía que tenía la posibilidad de salirse de esa especie de guion, pero Ángel sentía un fuerte impulso por no hacerlo.

Primero acabó el sexo, y luego el efecto de la droga.

Y se volvieron a dormir, abrazados. Él siempre estuvo seguro de que fue eso más que otra cosa lo que selló su amor.

Pero los días pasaban, Ángel seguía sintiendo esa poderosa inclinación a no salirse del camino pautado, pero finalmente reventó.

No podía seguir viviendo sólo cosas que ya recordaba, y decidió ser más listo que la vida, a lo grande.

El 22 de diciembre de ese año, o sea a seis días vista, su padre había fallado el Gordo de la Lotería de Navidad, sólo por el reintegro, de modo que Ángel y la mitad de su familia se sabían de memoria el dichoso número.

De modo y manera que Ángel se plantó en la cola de la administración Doña Manolita. El cliente anterior en la cola no era otro que Daniel, que estaba algo más desaliñado y ojeroso:

—Estás cometiendo un error muy grave, amigo.

Y sin más, abandonó la cola y al menos en apariencia dejó a Ángel comprar todos los décimos disponibles del número premiado, un total de seis.

Cuando llegó el día del sorteo, Ángel le enseñó los boletos premiados a Eva, que, lejos de alegrarse, se asustó muchísimo, diciendo que él ya lo sabía de alguna forma, y que lo mejor era dejar de verse.

.Capítulo 4

Ángel se echó a la calle decidido a buscar a Daniel para pedirle explicaciones. Si no podía vivir sin recordar lo vivido, ni hacer lo opuesto junto a Eva, estaba en una encrucijada sin salida.

Cuando apenas había decidido por dónde empezar a buscarle, fue él quien se cruzó en su camino.

Esta vez, estaba más despeinado, más ojeroso y con el traje algo desarreglado. Ángel le preguntó qué está pasando y Daniel le respondió:

—Era el Ángel de la Misericordia. Por eso dejé mi trabajo. Es un verdadero coñazo. La gente te usa como mediador cuando cree que la ha cagado tanto que ni Dios puede perdonarles.

Ángel iba a replicar, pero se dio cuenta de que los ojos de Daniel empezaban a brillar como flamas. Además, se llevó el índice al ojo izquierdo, lo que intimidó a Ángel.

»Tienes derecho a una pregunta. Una sola, piénsatela bien.

—¿Se salvará? Eva, ¿Se salvará?

Daniel torció el gesto:

—Aunque no lo recuerdes, ya tomaste esa decisión. Sólo que cronológicamente no ha sucedido aún.

—¿Y por qué recurría la gente a ti? ¿No lo perdona todo Dios?

—Pues sí. A las personas al menos. A los únicos a los que no perdona son a los ángeles rebelados.

—¿Y por qué?

Daniel puso gesto de enfado:

—Política empresarial. ¿Y yo qué coño sé? Además, sólo tenías derecho a una pregunta, ya podría haberme ido.

—¿Pero a mí quién me garantiza que no me estás tomando el pelo?

Daniel empezó a reír fuertemente. A Ángel le pudo la desesperación y le lanzó un directo a la cara, rompiéndose la mano y sin hacerle la menor mella.

Capítulo 5

Ángel se fue al metro de Chueca de madrugada con intención de tirarse a las vías. Y lo hizo. Pero en ese mismo instante dijeron por megafonía que ya no habría trenes hasta el día siguiente.

.Estaba solo, pero se acercaron unos pasos. Era Daniel:

—Ya no puedes morir. No tan fácilmente.

Ángel le tendió la mano para que le ayudara a subir, esperando que le

cogiera del antebrazo. Daniel le cogió de la mano herida y le lanzó contra la pared del andén:

—No vuelvas a pegarme... En tu puta vida...

Tenía más ojeras, el traje desaliñado y un aspecto en general demacrado.

.Parte II (bis)

Capítulo 6

Ángel volvió a casa de Eva a suplicarle que le socorriese de su situación. Le habló muy alterado por el telefonillo y ella le abrió.

Pero según puso un pie en su piso, Ángel se vio de nuevo transportado a aquel viaje de

LSD.

Eva volvía a ofrecerle su espalda para que dibujase un corazón. Ángel no sabía qué hacer. No podía hacer nada bueno, ni huir. Miró la puerta y supo que eso sería en balde.

Finalmente fijó su mirada en la ventana de ese cuarto piso.

Fue hacia ella con paso decidido y la abrió. Después se lanzó por ella. Cayó a plomo contra el suelo.

.Parte II (bis) (bis)

Capítulo 7

Esta vez Daniel le estaba esperando en la misma habitación en la que estaban Eva y él:

—Eso ha tenido que doler —ríe.

Ángel vuelve a abrir la ventana y se vuelve a lanzar al vacío.

.Parte II (bis) (bis) (bis)

Capítulo 8

Daniel esta vez ya tenía el aspecto de una estrella de Rock politoxicómana:

—¿Es que no recuerdas la definición de locura que daba

Einstein? Ángel la recordaba de hecho, pero le ignoró.

Golpeó la ventana de un puñetazo, y se resquebrajó. Seguidamente, la rompió del todo a codazos.

Se tiró de cabeza. El suelo se convirtió entonces en la sombra de Daniel, y la atravesó por el corazón.

.Parte 3

Capítulo 9

—Cuéntamelo otra vez porque no hay por dónde pillarlo.

Eva había quedado con Mateo en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras. Era la más confiable porque era donde se decían los mayores disparates. Además era última hora.

—Se tiró por la ventana.

—Eso es factible. Es raro, es una putada, pero puede pasar. Esa es la clave, puede.

Ahora vuelve a lo otro.

—Él hablaba en otro idioma. Además hacía amagos de estar escribiendo todo el rato.

—No. Eva, lo siento pero no. Las drogas no funcionan así. Ni siquiera digo que la dietilamida no funcione así, digo que *ninguna* droga funciona así.

—Sé lo que vi, Mateo.

—Tú también estabas colocada, Eva.

—Sé lo que vi, ya se me estaba pasando.

—¿Pero no ves que es imposible? Mira, sé que es duro, pero yo soy residente de psiquiatría, tú estás acabando Psicología, intentemos ceñirnos al método científico.

—Quiero saber quién te lo pasó. —Eva ya estaba casi llorando.

—Alguien de fiar, pero no te lo puedo decir. Pero es que ni aunque hubiera sido el Brandy...

—¿Quién es ése?

—Uno de tercero de Químicas. Es un verdadero prodigio, pero no tiene un puñetero escrúpulo.

—¿Cómo que Brandy? ¿Cómo se llama?

—Se dice que no lo saben ni los profesores. El muy cabrón se las ha apañado para que cada persona le conozca por un nombre distinto, de modo que sólo se sabe a ciencia cierta su apodo. Pero imagínate lo colgado que hay que estar para que te llamen como a un licor.

Hablaron un rato más, Mateo le reiteró su apoyo y se despidieron.

Capítulo 10

Al día siguiente Eva fue a hacer unas gestiones al banco.

.Se plantó en la puerta de la Facultad de Ciencias Químicas y buscó un grupo de porreros.

Cogió al que peor pintas tenía del brazo y se alejó con él. Se sacó quince mil pesetas del bolsillo:

—¿Cuál es tu licor favorito?

Con la nueva información, Eva entró en uno de los laboratorios. Como le habían indicado, no encontró vigilancia.

Allí estaba un único chaval, de estatura media, complexión delgada y rubio.

—Me pillas haciendo cosas, así que sólo dime el qué y cuánto. Cuánto pagas, claro. Eva le tiró cien mil pesetas sobre la mesa en billetes de diez mil:

—Cianuro —dijo con voz seca.

—Cómo está el patio.

Brandy se sacó una bolsita de tela cerrada con una cuerda, como los típicos pollos de cocaína, del bolsillo, y se la entregó en mano.

—¿Pero cómo?

—Te estaba esperando. Una pena lo de tu amorcito.

Eva paró medio minuto y justo cuando iba a salir Brandy le habló:

—Ah. Si sobrevives y quieres cosas chulas, no tienes más que preguntar por Juan José María Álvaro Toledo Merced de Todos los Santos Jiménez Prieto —dijo pestañeando una sola vez y de forma artificial.

En ese momento Eva se dio cuenta de que estaba hablando con el diafragma, de que había estado actuando desde el minuto uno.

Esa tarde, se emborrachó en su casa, y a la noche fue a un garito inmundo que conocía por casualidad a matarse con la peor bebida que hubiera.

Al llegar allí, vio algo que contrastaba con la tenue luz del local y los tres borrachos que lo habitaban. Había un hombre, de casi dos metros de estatura, muy corpulento, de pelo castaño bien peinado y vestido de un traje totalmente blanco perla, con zapatos blancos y lustrosos, camisa negra y corbata blanco nuclear. Todo impoluto.

Llamaba más la atención que estaba bebiendo agua con gas de una botella de cristal, y aún más que tenía los ojos de color amarillo canario.

Lo que más llamaba la atención es que a nadie salvo a ella, ni siquiera al

camarero, parecía llamarle la atención. Estaba sentado al fondo de la barra:

—Unos días malos, ¿No? Hay quien los ha tenido peores. Encantado de conocerte, Eva, me llamo Daniel.

—Pero cómo. —Sin darse cuenta se había sentado junto a él.

.—Este trabajo es un rollo, lo que yo te diga. ¿Por qué no haces eso a lo que has venido? Tal vez así comprendas.

El barman se acercó, ignorando totalmente a Daniel:

—¿Qué va a ser?

—Matarratas —dijo Eva, fríamente.

—Nuestra especialidad.

Se dio la vuelta y en cuestión de segundos le puso un vaso de licor barato sobre la barra.

Eva sacó su pollo de cianuro del bolsillo y lo vertió en la bebida. Sintió una fuerte colleja.

Miró a su izquierda y allí no había nadie. La iluminación había cambiado. ¡Estaba en otro sitio!

En una cafetería de la Gran Vía. Miró su reloj y eran las ocho de la tarde.

—¿Qué es esto? —preguntó al aire.

El camarero la miró con gesto preocupado al tiempo que le enseñó una botella de agua con gas.

—Es lo que ha pedido, ¿No? ¿Necesita algo?

—No, estoy bien.

Miró en su bolsillo y no había nada.

Se llevó las manos a la cabeza.

Una lágrima cayó sobre su agua.